

7: Ciudad de Óxido - La Carrera Perfecta

- 7: Ciudad de Óxido - La Carrera Perfecta

7: Ciudad de Óxido - La Carrera Perfecta

Cuando los habitantes locales aseguraron que Ciudad de Óxido estaba cercada, no estaban bromeando.

Mientras conducía lo más al norte posible, Ryan comenzó a notar las fortificaciones que separaban el distrito del resto de Nueva Roma. No eran exactamente muros, sino una mezcla de cilindros de acero altos, vallas electrificadas, cámaras montadas y sistemas de vigilancia. Los genomas entrenados que ocupaban torres de vigilancia alejaban las nubes de contaminación de las zonas turísticas y las empujaban hacia Ciudad de Óxido con manipulación del viento, de modo que los ricos no respiraran el mismo aire que las clases bajas. Como todos parecían generar corrientes de aire, Ryan supuso que usaban el elixir falso comercializado como 'Tempestad', que otorga a su usuario una aerokinesis menor.

Mientras rodeaba la fortaleza en busca de un punto de entrada, el Genoma puso en marcha Radio Dynamis, escuchando las noticias.

“—hemos recibido confirmación de que la explosión en Pequeña Magreb ayer fue resultado de un duelo breve entre nuestro querido protector Wyvern y el criminal Genoma conocido como Vulcano.” Ryan automáticamente subió el volumen. “Vulcano, anteriormente conocido como Guerrilla Urbana, sirvió brevemente como compañero de Wyvern antes de unirse a la banda criminal conocida como los Augusti. Los reportes indican que Vulcano tuvo que huir tras causar un gran daño colateral—”

Ah, por eso Vulcano no le había contactado esta vez. Pequeña Magreb probablemente estaba cerca del escondite de los Augusti, y él—¿o ella? Ryan no recordaba—decidió emboscar a Wyvern cuando se presentó la oportunidad. Probablemente sufrieron heridas graves y Ryan dejó de ser su radar después.

¿Tendría que cambiar de hotel otra vez el mensajero? No, sería mejor quedarse en el primer hotel hasta que Wyvern se pusiera en contacto, y luego cambiar de lugar para evitar el intento de asesinato que acabó la última vez.

“—el criokinético psíquico conocido como Gula intentó escapar del control de la Seguridad Privada ayer temprano, pero fue rápidamente recapturado por Il Migliore,” continuaba la radio. “Enrique Manada, gerente del equipo de superhéroes, afirmó que ‘mientras Dynamis siga siendo fuerte, los señores de la guerra y los locos nunca tomarán posesión de Nueva Roma.’”

Al menos, advertir a Wyvern sí hizo una diferencia. Probablemente, ella transmitió su pista sobre la infiltración de la Seguridad Privada a su equipo, que intervino a tiempo.

Aunque, claro, debió haber sido difícil para Gula huir sin sus piernas.

Finalmente, Ryan llegó a un puesto de control fronterizo custodiado por tres guardias de Seguridad Privada. Todos llevaban equipo antimotines y rifles láser. Su jefe hizo una señal para que se detuviera, y el Genoma hizo lo posible por parecer inocente.

Era bastante difícil con la máscara y el atuendo completo de Quicksave, pero lo que contaba era su actitud.

“Alto,” dijo el guardia. “No pasa sin la autorización adecuada o un permiso de trabajo.”

“Solo estoy de visita,” dijo Ryan. “Escuché que tienen un zoológico.”

“Es un zoológico,” gruñó el guardia. “Mire, ciudadano, esta es la frontera de la civilización. Más allá está la naturaleza urbana indómita, y nosotros somos los únicos que se interponen entre Nueva Roma y las hordas de bárbaros que querrían destruirla.”

“Bueno, cuando los veo, sí temo por la civilización.”

“Deberías,” respondió el hombre, sin captar la evidente sarcasmo. “Así que si deseas pasar con la autorización adecuada, deberás contribuir a la defensa mutua de nuestra comunidad.”

“Claro,” contestó Ryan. “¿No van a revisar mi coche en busca de drogas, armas o algo sospechoso? Te juro que estoy limpio como el día en que nací.”

“Eso dependerá de cuánto contribuyas a la comunidad.”

No era de extrañar que los Augusti y Meta pudieran entrar y salir con tanta facilidad. Como los guardias ni siquiera intentaban ocultar su corrupción, probablemente tenían muy pocas inspecciones sorpresa.

En cuanto atravesó el puesto de control, Ryan comprendió por qué le habían puesto el apodo de Pueblo Oxidado.

Primero y ante todo, la calidad del aire cayó drásticamente, aún peor que en el muelle; el olor a óxido y a productos químicos era tan penetrante que el mensajero se cuestionó si alguien había arrojado residuos tóxicos a la intemperie. Ryan tuvo que subir las ventanillas de su coche y activar el filtro de aire de su máscara para poder soportarlo.

Casi todas las casas y edificios de apartamentos de tres pisos estaban en un estado de abandono avanzado; las ventanas estaban destrozadas, las paredes de bloques de ceniza estaban cubiertas de grafiti, algunas incluso se estaban cayendo. El barrio era verdaderamente claustrofóbico, con calles estrechas formando un laberinto de callejones casi demasiado pequeños para que circulase su vehículo, las escaleras de incendios proyectaban sombras pese a la luz del día. Las farolas

funcionaban mal, y una densa capa de smog teñía el mundo de un amarillo enfermizo. Cada pieza de metal parecía estar oxidada, probablemente por la contaminación.

Incluso Ryan, que había visto mucho, se sentía horrorizado por las condiciones en las que vivían los habitantes del lugar. Los ocupantes ilegales se habían apoderado de todo; los traficantes vendían abiertamente Bliss a personas sin hogar, y los locales evitaban mirarlo a los ojos cuando él los observaba. Todos llevaban bufandas, mascarillas u otras protecciones contra el gas, incluso los niños.

En un momento, el conductor pasó junto a un cadáver, que yacía descompuesto en aguas fangosas por una fuga en una alcantarilla colapsada. Una jauría de perros asilvestrados esperaba cerca, junto a un montón de basura, quizás esperando que Ryan se marchara para alimentarse.

Ryan había hecho chistes sobre todo, pero hoy no tenía fuerzas para la diversión.

Al ver a un traficante que no desvió la mirada, bajó la ventanilla para preguntar dónde podía conseguir tecnología creada por Génesis. El local le proporcionó las indicaciones hacia un lugar llamado La Tienda de Paulie, aunque no sin antes tratar de venderle un gramo de Bliss por una suma exorbitante. Parecía ser que los precios se habían elevado desde que Meta comenzó a afectar a los proveedores de los traficantes locales.

Ryan no tuvo dificultades en encontrar La Tienda de Paulie, principalmente porque en su cartel estaban luciendo neones llamativos; aunque el hombre podría haber elegido un callejón más amplio y sin salida para establecer su negocio. El Genome estacionó su coche frente a la puerta, tomó su arma de bobina por si acaso, y entró.

—¡Aquí está Johnny! —gritó Ryan, abriendo la puerta sin tocar.

El local podía describirse más acertadamente como un garaje desorganizado, con estantes cargados de basura acumulada. Era un auténtico y mal ventilado caos de herramientas; piezas de autos recicladas colgaban del techo, y las bombillas proporcionaban la mínima iluminación posible.

El hombre detrás del mostrador era un pequeño y delgado anciano calvo, en sus cuarenta, mitad francés, mitad inglés; Ryan podía identificar a estas criaturas extrañas a simple vista. En respuesta a su entrada espectacular, el tendero levantó de inmediato un lanzacohetes hacia su cliente. Probablemente, tecnología de Génesis reciclada de algún diseño.

—Tú... —una chispa de reconocimiento cruzó los ojos de Paulie, tras sus gafas de protección—
¿Eres tú?

—¡Sí, soy yo! —Ryan empezó a sentir una alegría inmensa, ¡se había vuelto tan famoso que la gente lo reconocía a simple vista!— ¿Eres uno de mis fans? ¡Sabía que tenía algunos!

—¿Un fan? —el tendero casi se atraganta, apuntándole el arma a la cara— ¡Eres un lunático!
¡Arruinaste mi viejo taller en Otranto!

—¿Yo hice eso? —preguntó Ryan, desconcertado— ¿Cuándo?

—Hace dos años, aterrizaste un avión ahí, y después me entregaste una carta —gruñó Paulie—. ¡Te contrataron para entregar mi correo, y tú dijiste que querías hacer una ‘entrada inolvidable’!

Bueno, eso sí parecía algo que él habría hecho. Ryan observó al hombre con atención, y le pareció vagamente familiar. Pero...

...

No.

Nada.

"Quizá". Quicksave encogió los hombros.

"¿No lo recuerdas?", preguntó Paulie, sorprendido.

"Bueno, claramente tomaste esto más personal que yo." Cuando se dio cuenta de que el pobre hombre podría haberse visto obligado a vivir en ese tugurio por su culpa, Ryan instantáneamente se arrepintió de su broma. "Perdón. ¿Quizá pueda devolverte el favor por las molestias?"

El tendero apretó los dientes de rabia. Aparentemente, no quería el dinero de Ryan. "Lárgate de mi tienda antes de que saque el arma."

"Sabes que puedo detener el tiempo, ¿verdad?"

"Es un misil Facehugger", respondió el hombre. "Una vez que se bloquea, el nanomisil persigue al objetivo hasta matarlo."

Qué forma de comenzar una relación comercial. Normalmente, el mensajero habría entendido la indirecta y habría dejado al tendero tranquilo, pero tenía una misión que cumplir. Con su arma de bobina bajada en una mano, Ryan buscó en su abrigo, ignorando el arma de Paulie.

Sacó el peluche.

Al ver ese conejito de felpa blanco y hermoso, la cara de Paulie perdió todo color. "Sabes qué es esto", dijo Ryan, agitándole su arma definitiva al tendero. "Si no bajas tu arma, apretaré el botón de encendido."

"Estamos en un espacio cerrado, ¡y no puedes controlarlo!"

"Tú tampoco." Ryan levantó el pulgar, preparándose para activar el interruptor en la parte trasera de su arma de destrucción masiva. "Lo haré."

"No lo hagas", amenazó Paulie, a punto de apretar el gatillo de su arma.

"¡Lo haré!"

La presión en la habitación aumentó, Paulie temblaba, hasta que sus nervios cedieron. "Mierda", dijo, dejando caer su arma en el mostrador. "¿Cómo pudiste hacerle eso a un peluche? La cosa más adorable, ¡y tú la convertiste en... en..."

"¡Parecía una buena idea en su momento!", argumentó Quicksave, devolviendo el peluche al abrigo por seguridad de todos. "Estoy buscando tecnología casera de los Geniuses."

"¡Ay, no puedo ayudar!", rió Paulie, feliz de ser tan inútil para Ryan como le fuera posible. "¡No podrías haber escogido peor momento! La chatarra está cerrada, ¡nadie vende nada!"

"No busco comprar", respondió Ryan, mirando con desilusión el establecimiento. Hasta la arma que Paulie manejaba era precaria y estaba a punto de deshacerse tras disparar. "Busco una tecnología muy específica. Bathyspheres que se usaban para hacer aprovisionamientos en el agua. Pintura carmesí, influencia steampunk?"

"¿Como la tecnología de Len?"

Paulie retrocedió, sorprendido, mientras Ryan cerraba la distancia entre el mostrador y él en un parpadeo. "Paulie, Paulie, Paulie", susurró casi como un gemido. "¿Quieres ser mi amigo?"

"No", respondió el tendero con franqueza.

"Entonces, cuéntame todo."

El tendero soltó un suspiro de disgusto. "Cabello negro, ojos azules, un poco loco?"

"Se llama Marxismo-Leninismo, pero sí", respondió Ryan, cada vez más emocionado.

"Esa misma chica, entonces. Llegó a Rust Town hace seis meses, llamándose la Sumergedora." Ryan nunca había oído ese apodo. Para frustración de Ryan, Quicksave y la Sumergedora no sonaban bien como dúo cómico. ¿Quizá Q&U? ¿Las Ahorradoras? "Solo una de los Geniuses intentando hacer negocios sin que Dynamis o Augusto las recluten, ¿entiendes? Antes, aquí había un gran mercado negro para Genuinos como ella, que no tenían suficientes recursos para ser autosuficientes, pero querían mantenerse independientes de los grandes grupos."

Ryan asintió en silencio, completamente concentrado en el tendero. La atención apasionada parecía incomodar a Paulie, pero solo lo animaba a hablar más rápido.

"En fin, lograba fabricar una armadura con cosas recuperadas. Parecía un traje de buceo JIM de la Vieja Tierra. Me pedía piezas para mantenerla, así que nos encontrábamos con frecuencia."

—¿Tenía una ametralladora?—preguntó Ryan.

Paulie puso una expresión extraña.—¿Cómo sabes eso?—

Porque la conocía a la perfección.—Por favor, continúa.—

—De todos modos, ella vendía algunas de sus invenciones a los Augusti para sobrevivir. Debes saber que ella era... ¿muy apasionada?—Ryan asintió con conocimiento de causa.—Terminó atropellando una planta química propiedad de Dynamis para protestar por las condiciones laborales allí.—

Eso era Len, sin duda alguna. Siempre con ese extraño, casi adorable sentido de justicia, obsesionada por proteger a los débiles y con un odio visceral hacia la propiedad privada.—¿Y luego? ¿Qué pasó?—

—¿Qué pasó? ¡Adivina qué sucedió! La Seguridad Privada atacó su taller y la capturó. Oí rumores de que los Augusti la rescataron, pero no se supo nada de ella después. Simplemente desapareció.—

Eso confirmaba que los Augusti eran probablemente el único camino verdadero hacia Len y que debían ser favorecidos, aunque... el hecho de que la Seguridad Privada la hubiese capturado indicaba que seguramente tenían un expediente sobre ella.

Aun así, eso era más información de la que había obtenido en muchísimo tiempo. Ryan estaba de buen humor. Un humor excepcional.—Por esta información, Paulie—decidió de repente—, te concederé un deseo.—

—¿Un deseo?—El tendero frunció el ceño con desdén.—¿Crees que eres Robin Williams?—

¡Finalmente, un hombre de cultura en esta ciudad disipada!—Por supuesto que no, solo puedo conceder un deseo, no tres.—

Paulie se dispuso a rechazarlo, antes de hacer una breve pausa. Una idea le cruzó por la mente.—¿Estás en serio? ¿De verdad lo dices en serio?—

—Lo que sea, lo cumpliré. No importa cuántos intentos haya—, Quicksave siempre honraba su palabra.

—Mmm... ¿qué tengo que perder? Nadie más hará nada al respecto.—Paulie apoyó las manos en la barra, entrelazando los dedos.—¿Sabes que una banda de Psicópatas se mudó recientemente a Rust Town? ¿La Meta-Gang?—

—¿Quieres que los trate a la Tarantino?—

Asintió en confirmación.—Se hicieron con el Controlador de Desechos donde ocurren la mayoría de los intercambios hace unos días, y las cosas no han hecho más que empeorar. Cada día peor. Los Genes, los matan y extraen su sangre; los normales, los secuestran en la calle. No sé qué hacen los Psíquicos con ellos, pero no vuelven a aparecer.—

Paulie apretó los dientes.

—Incluso los niños han desaparecido.—

Un escalofrío recorrió la espalda de Ryan, y su corazón se endureció. Como le había dicho a Zanbato, los niños eran sagrados para él. Sobre todo porque se llevaba mejor con ellos que con los adultos, y él también había tenido una infancia difícil.—¿Sabe la Seguridad Privada?—

—Ellos saben, pero no les importa. La Seguridad Privada solo protege infraestructura clave como la planta de energía o la estación de tratamiento de agua, lo cual, debo admitir, hacen con un celo ferviente. Los demás son solo guardias fronterizos que no les importa lo que ocurra dentro de los muros.—Paulie repugnó con desprecio.—No les importa que desaparezcan unos cuantos vagabundos, drogadictos y delincuentes de poca monta. Los Psíquicos les hacen un favor, limpiando la basura de su brillante ciudad.—

—¿Y Wyvern e Il Mígliore?—

—Wyvern a veces se enfrenta a un Meta solitario—, admitió Paulie—, pero ella es la única que se preocupa... y no puede estar en todas partes. Hasta que los Metas maten a demasiados trabajadores, ataquen a turistas o roben un envío de Elixir, Dynamis no levantará un solo dedo—

—Espera—interrumpió Ryan—. ¿Los Metas han estado aquí días, y no han atacado los envíos de Elixir o a los Genes de Dynamis?—

Paulie negó con la cabeza.

—Eso es raro—, apuntó el Genome—. Los Psíquicos no actúan así. Normalmente, hacen un desastre intentando conseguir Elixires falsificados para saciar su adicción, las cosas se agravan con los locales y luego se lian a golpes. Siempre siguen ese mismo patrón.—

Él debería saberlo, había convivido con uno.

Y, sin embargo, estos Psicópatas estaban terriblemente contenidos según los estándares de su especie. Pensándolo bien, por lo que había oído, la Meta no había atacado en absoluto las infraestructuras de Dynamis; solo intentaron expulsar a los Augusti de Rust Town.

La razón era fácil de adivinar. A Dynamis le importaba muy poco esa zona, a menos que atacaran sus edificios o agentes. Si era ignorada, no levantarían ni un dedo. Ryan pensó que la Pandilla Meta había llegado a Nueva Roma para alimentar su adicción, pero claramente había otra cosa en marcha.

Por desgracia para Paulie, Len era ahora la única prioridad de Ryan. Pero él cumpliría su palabra, cueste lo que cueste. “Cumpliré tu deseo en mi Carrera Perfecta,” prometió el Genome, “lo juro.”

“¿Tu Carrera Perfecta? ¿Estás corriendo?”

“Es el final perfecto,” explicó Ryan. Era un concepto que había desarrollado a lo largo de su infinita aventura; si recopilaba toda la información posible sobre un lugar y sus habitantes a través de sus bucles, entonces podía crear la situación óptima. Luego dedicaría su último ciclo a formar la cadena perfecta de eventos, que garantizara el mejor resultado según sus estándares.

Entonces, y solo entonces, Ryan crearía un nuevo punto de guardado y continuaría.

Tras aprender desde su ocupante cómo llegar al Basurero, Ryan salió de la tienda de Paulie por la puerta y se preparó para adentrarse directamente en la guarida de la Meta.

Pero entonces, una criatura aterrizó en su Plymouth, aplastándolo.

Ryan se quedó helado al ver a un monstruo gigante de tres metros de altura que cayó sobre su coche, aplastando el techo, destrozando la ventana y haciendo estallar el motor. La criatura parecía una tenebrosa fusión entre un humano y un mosquito, un insecto monstruoso con un exoesqueleto negro y carne carmesí debajo. Sus ojos estaban fijos en Quicksave con hambre, sus garras levantadas.

“Lo sabía,” susurró el mosquito con un zumbido más de insecto que de palabra humana, “Olié que había un truco...”

“¡MI COCHE!” gritó Ryan horrorizado, su súplica sorprendiendo al Psycho.

El mensajero instantáneamente detuvo el tiempo, corrió hacia su Plymouth Fury y verificó su estado. ¿Podría salvarlo? ¿Podría salvarlo?!

No. Los daños eran demasiado severos.

Ryan se sobrecogió de rabia y pensó rápidamente en una ola de venganza estilo Kill Bill, primero contra el mosquito, después contra todos los Psico que encontrara. ¡Les mostraría el terror del Infierno sin fin! ¡Una maldición directamente del Tártaro!

Pero... Ryan no podía soportar vivir sin su amado Plymouth.

Con un suspiro abatido, el mensajero tomó una pequeña esfera metálica de su abrigo y dejó que el tiempo volviera a fluir. “¿Ves esto?” levantó la esfera hacia el Psycho. “¿Ves esto?”

“¿Qué es esto, una pelota—”

“Ahora mira mi coche, que destruiste, y luego la bola. Es una bomba de átomo,” dijo, haciendo clic. “¡Ahora, atrápala!”

Ryan lanzó la bomba al mosquito, quien la atrapó con su mano debido a sus reflejos agudos. El Psycho miró la arma, luego a Ryan, confundido y horrorizado.

“Nadie toca mi coche,” dijo Quicksave. “Nadie.”

Mientras Rust Town explotaba en una ráfaga de fuego nuclear, vaporizando a los dos superhumanos en un destello de luz abrasadora, Ryan se sintió feliz.

Finalmente, un método nuevo que nunca había probado antes.